



Fanny Rubio

El hijo del aire

 Planeta

Dossier de prensa

PVP: 2.600
Nº págs.: 288

FANNY RUBIO

La autora



Fanny Rubio es doctora en Filología Románica y profesora titular de la Universidad Complutense de Madrid.

Su carrera literaria está jalonada de excelentes críticas además de gran éxito de público. Su novela más reciente, *El dios dormido* (1998), a cuya escritura dedicó un decenio, ha sido considerada “uno de los trabajos literarios mejor conseguidos que ha producido últimamente la novelística española (Meri Torras, *Quimera*). Además de la ya mencionada, ha publicado las novelas *La sal del chocolate* (1992) y *La casa del halcón* (1995), con las que consiguió ser considerada “una nueva voz de la narrativa española con voluntad de nutrirse de nuestra realidad, de nuestras obsesiones” (Miguel García Posada, *El País*). Con *El hijo del aire* Fanny Rubio concluye la trilogía dedicada a recuperar la memoria contemporánea que inició con las dos últimas novelas anteriormente mencionadas.

Además de la novela, Fanny Rubio ha cultivado también el ensayo en *El embrujo de amar* (2001), la teoría literaria, *Poesía española contemporánea* (1981) y la poesía, entre las que cabe destacar *Reverso* (1987) y *Dresde* (1990), de la que Pere Gimferrer alabó la nervadura del lenguaje.

El hijo del aire La novela

Historia apasionada de unos personajes que buscan a ciegas la verdad y de sus relaciones emocionales a lo largo de un cuarto de siglo.

La crónica vivencial de un crimen político y humano que sale a la luz tras años de intrigas y mentiras.

A Daniel Lang lo trajó el aire, o al menos eso es lo que le han contado sus padres. Sin embargo, un secreto que ha costado y costará muchas vidas oculta la auténtica procedencia de este muchacho que suspira por el amor perdido de una antigua niñera.

El hijo del aire es una novela sobre los hijos de los desaparecidos de origen español, secuestrados durante la dictadura argentina. Fanny Rubio ha querido rescatar de la indiferencia histórica este episodio macabro que durante mucho tiempo quedó perdido en el olvido impuesto por los poderosos. Pero la autora no se detiene en la mera acusación política. Muy al contrario, resiste la tentación de supeditar la narración a la denuncia, y nos seduce con un relato valiente, emocionante, atrevido en su factura y de indiscutible belleza literaria.

A partir del encuentro fortuito de un grupo de jóvenes en Granada, “una mañana de mangueras” frente a los grises, allá por los años setenta, se irá tejiendo un relato que trasciende la anécdota personal y que es el reflejo apasionado de unos tiempos turbulentos, no muy lejanos, pero difuminados en la memoria de muchos. *El hijo del aire* es una historia de idas y venidas, de vientos cambiantes, de viajes al infierno y el olvido. A través de una narradora tímidamente implicada, asistimos a un relato que se mueve entre la crónica interiorizada y el relato histórico-lírico pero que fundamentalmente, es una apasionante historia de amor y de intriga que tiene lugar a lo largo de los últimos veinte años.

El marco de las andanzas de estos personajes es un Madrid inconstante donde se coquetea con la corrupción, con los secretos a precio justo y se convive con el terrorismo de distinto tipo. Donde ocurren accidentes que no son tales, donde acertijos terribles y hechos aislados van encajando poco a poco en el horror de la guerra sucia generalmente externa, con una factura de cuadro impresionista en el que el todo es mayor que la suma de sus partes. Un cuadro de coraje, de tiempos cambiantes y sueños frustrados, una historia de terror que a veces hace reír y una narración que estremece. Complot oscuro que se va desentrañando poco a poco en una intriga de ritmo perfecto: una crónica nostálgica trufada con de trama detectivesca y una intriga política en clave poética.



Un relato de admirable factura

El hilo conductor de la historia es una narradora-personaje, Fran, cantautora afónica y omnisciente, que decide relatar unos acontecimientos por recomendación médica para recuperar la voz y poder cantar, en una plástica metáfora del daño que produce el olvido. Fran es el personaje que se asoma a veces tímidamente al relato siendo a su vez parte y conciencia colectiva de unos hechos que se han querido ocultar.

El hijo del aire es sin duda, también, una novela de personajes a los que Fanny Rubio da una solidez y credibilidad impecables. Unos personajes que se entrelazan, que se entreviven, personajes desengañados o luchadores, cínicos y sinceros, buscadores y buscados en una historia que se superpone y encaja en un final estremecedor.

Fanny Rubio posee un poderoso estilo narrativo que tiene la habilidad de intercambiar los tonos con un ritmo que mantiene el tiempo del relato sin fisuras. Desde el estilo poético al irónico, del nostálgico al más crudo e irreverente, en ocasiones esperpéntico. Haciendo uso de un variado número de recursos narrativos, se mueve con habilidad por los distintos materiales que configuran la novela, desde el estilo tecnicista del informe oficial, a los diálogos más propios del “teatro del absurdo” que sirve como marco perfecto para una historia increíble pero verosímil a la que añade el barroquismo de unas imágenes que poseen una intensa fuerza poética.

El hijo del aire se lee sin respiración desde el principio hasta el escalofriante aunque esperanzado final en el que el pasado y el presente se enfrentan por primera vez a cara descubierta, en el que los afectos asumen su verdadera dimensión y los personajes ciegos abren los ojos a una realidad que han tenido siempre enfrente sin quererla mirar.

Con *El hijo del aire*, la autora, Fanny Rubio concluye la trilogía dedicada a recuperar la memoria contemporánea que inició con *La sal del chocolate* (1992) y continuó con *La casa del halcón* (1995).



El hijo del aire

La historia y sus personajes

“Posibilidad de que el muchacho llamado Daniel Lang pudiera ser adoptado ilegalmente: Positiva. No existen documentos de adopción legal. Los esposos Lang reconocen que el pequeño les vino “del cielo”, en tanto Lang alardea ante sus amigos de no haberse acostado jamás con su señora, a la que respeta “por encima de todo”

“Yo descubrí en Granada, ciudad donde estudié hace la friolera de un cuarto de siglo, al músico grandote Axel Fierro, de barba guevaresca, que tocaba la quena en un escenario improvisado en el bar Bimbela, a pocos metros de la Facultad de Letras, sosteniendo el sonido de su instrumento con aleteo de pecho hasta que la gente de la barra y las contadas mesas se quedaba absorta”

“Alex conoció a Elisa, una aniñada criatura morena de ojos oscuros, brazos lánguidos y afortunados, palas un poco apartadillas y proyectos líricos de mejorar el mundo, a quien el mozo deleitaba hablándole de la desgarradura que ni se oye ni se ve y que decía que los unía a ambos porque tenía que ver con el amor de antes de haber nacido”

“Como Melissa huía de un padre autoritario que había internado al hermanito de ésta, albino, que sufría diabetes, en un colegio, brutal, de subdotados de Bremen con la excusa de que en Bremen había buenas pastelerías, amaneció en Madrid libre de presiones familiares...”

“No se ha llegado a saber más de ellos ni del niño nacido en cautividad, salvo que fue alumbrado con vida en los sótanos de la ESMA (Escuela Superior Mecánica de la Armada), permaneciendo con su madre más de lo habitual por ocultar el parto de Elisa a los guardianes esa noche...”

“Éste es el niño de cartón y verbena que vio la risa soberana de las madres juntas al lado de la pinza del alacrán y que tuvo por vecina la crueldad, pero que llevó por sábanas las dignas manos doloridas de las amigas buenas y por nana su beso limpio, intermitente. ¡Éste es!”



La Autora y Su Intención

Creo que *El hijo del aire* se parece a la vida de cierta gente, con sus nudos temporales, sus idas y venidas, su memoria, su olvido, su cinismo su rendición, sus revelos.

Además, *El hijo del aire*, se parece bastante al tren de cercanías entre la sierra de Ávila y Madrid en donde yo escribí esta novela a razón de tres horas (ida más vuelta) en días alternos en los que me fundía con mis apuntes y sólo levantaba la vista para contemplar la estepa castellana nevada con sus terneras melancólicas, vigías polares de esta Patagonia española, o los rostros austeros de hombres y mujeres del norte que se desparramaban por las estaciones (las ferroviarias y las otras) de El Escorial, Galapagar, Las Rozas...

Y también es la novela que más se me parece, comparto mis caprichos humanos por tener mientras mi hija crecía, una "au pair" extranjera en casa, o mis caprichos líricos, mis buenos y malos gustos musicales, mi operación de cuerdas, mis obsesiones por la risa y la lágrima, herencia que me legaron mis antepasados, perdedores pero nunca vencidos, en la guerra incivil. Se ha contagiado de algunos de mis gustos líricos por los periódicos, por la novela policial-judicial, por el Quijote, el Círculo de Bellas Artes, la Plaza de Santa Ana, el Hotel Victoria, la taberna flamenca CASA PATAS donde, hace unos años, Elvira González Fraga, Ernesto Sábato y yo nos encontramos un día feliz para las víctimas de las dictaduras del Cono Sur (el café de ese día me dejó en la memoria la pregunta del abogado de la causa por los desaparecidos en Argentina, Carlos Slepoy, a Ernesto Sábato: "¿qué hacer, maestro, con los niños robados que hoy siguen en poder de sus secuestradores?". Y la respuesta del escritor: "Que no les hagan sufrir más").

Debo el arranque de *El hijo del aire* a mis vivencias estudiantiles en la Universidad de Granada donde nací como poeta en las páginas de la revista ácrata de Juan de Loxa *Poesía setenta*, canté con los amigos de la movida sesentayochista a Salvador Espriu, en catalán, claro, conocí al que fue mi marido y padre de mi hija Clara, milité en el antifranquismo de manera "organizada" y me fotografié con los compañeros en poses muy parecidas a la de los "barbudos" de esta novela...

En Granada me estrené como docente de la mano del catedrático Emilio Orozco. A Granada he regresado unas veces a enterrar a mis muertos, otras a hablar de boleros, a escuchar a Carlos Cano y a leer poemas sola y acompañada.

Casi todo en mi vida comenzó en Granada, y aunque no es mi ciudad pero sí mi distrito universitario, a Granada le debo el reiterativo telón de fondo de *El hijo del aire*.

Por eso he de decir con Violeta Parra que, gracias a Granada, que me ha dado tanto, tienen esta historia que va a su aire, pero que yo no habría comenzado a escribir sin



las vivencias de aquella particular Granada en la que fuimos dioses terrenos, ángeles fieramente humanos y un poco pardillos.

Este es el punto de partida, pero el relato ha crecido, no obstante, a la par que el tiempo, pues el tiempo – todo un cuarto de siglo – ha hecho germinar hasta su límite las vivencias, ha convertido aquellas remotas escenas en un friso de reapariciones (al menos dos), y, por consiguiente, de desapariciones de una parte de esa generación del otro lado del Atlántico. Cuando digo reapariciones digo también desajustes con relación a los modelos iniciales de aquellos tipos desolados y, no obstante utópicos y bellos, en su día, convertidos hoy en los rostros irreconocibles de quienes detentan los poderes más asentados como el de *Líder*, por una parte, o en patéticos entrañables del estilo de Berto Valle, o en consecuentes ciudadanos del estilo de la feminista Hortensia Otero, por otra. Y cuando digo “desaparecidos” hablo de los ausentes con nombre y drama conocidos que desaparecen de nuevo también cada día nuevo que se les silencia. Y hablo desde España de desaparecidos españoles, que mezclaron su sangre con sus compatriotas de sueños, un legado que se impuso por encima de la crueldad y constituye el último canto solidario del siglo XX.

El hijo del aire le debe escenas a despachos conocidos, le debe el nombre de los vinos y los americanismos a mi viaje a los países del Cono Sur a comienzos de los ochenta y el sobrecogedor encuentro a poco de morir Carmelo Soria con la viuda del funcionario internacional de nacionalidad española asesinado por la dictadura de Pinochet y conversar con las familias de detenidos en la vicaría de Santiago en pleno auge de pinochetismo, cuando e iba guiada por este verso de Raúl Zurita: “sáqueme las lágrimas para regar con ellas los pastos que han crecido”.

De muchas conversaciones con mi hija Clara, ahora reside en Berlín, acerca de las posibilidades de ser feliz, de Daniel Lang a medida que iban creciendo (Daniel, en mi cabeza y Clara en casa). Debe una parte de mi estado de ánimo a la lectura estremecedora del *Informe Sábado* sobre la represión en la Argentina de la Junta Militar y, desde luego, al diario de cautividad y torturas de mi amiga argentina Adriana Arce, madre del pequeño Mannel, sobre el que empecé a derramar lágrimas y lágrimas, hace ya cuatro años, un diario de terror que está pidiendo una edición, en su caso, firmado por su autora, tan semejante a los testimonios recogidos por el fiscal Carlos Castresana y la acusación particular, la acción popular ejercida por los familiares de desaparecidos, etcétera.

